

Propuesta de Discernimiento LAM.

“El pueblo elegido de Dios es uno: “Un Señor, una fe, un bautismo” (Ef. 4,5); común la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad.”

CAPÍTULO II ARRIESGARNOS A SALIR AL ENCUENTRO

Arriesgarnos a salir al encuentro, es la segunda puerta de entrada que propone nuestro último Capítulo General a la Familia Menesiana, si quiere abrir nuevos caminos de fraternidad. Es precisamente ése el camino emprendido por Jesús para enseñarnos a vivir como hermanos y hermanas. ¿No fue eso lo que le reprocharon, con frecuencia, los escribas y los fariseos? En efecto al verle sentado a la mesa con Zaqueo, se lo reprocharon diciendo que se juntaba con pecadores (Lc 19, 7); en casa de Simón, acepta los gestos de afecto y de atención de una mujer de mala reputación (Lc 7, 36-50); a la samaritana, que manifiesta su extrañeza cuando Él le dirige la palabra y le pide de beber y a los apóstoles que se sorprenden al verle hablar con esta mujer (Jn 4, 4-42), Jesús les aconseja que amplíen sus miras, para dar a su *“capacidad de amar una dimensión universal, capaz de sobreponerse a todos los prejuicios, a todas las barreras históricas o culturales a todos los intereses mezquinos”*.⁵⁴

Arriesgarnos a salir al encuentro, es aprender a abrir, cada día, nuevos caminos de fraternidad por el amor mutuo, por *“el testimonio del amor de Cristo hacia todos, en especial hacia los más pequeños y los más necesitados”*.⁵⁵ Todo un programa de vida, cuya realización depende de nuestra

⁵⁴ Papa Francisco, Fratelli Tutti, n° 83.

⁵⁵ CIVCSVA, Identidad del religioso Hermano en la Iglesia, n° 11.

capacidad para entrar en la escuela de Aquél para quien no somos extraños ni gente de paso, sino miembros de la única Familia de Dios (Ef 2, 19).

El relato del encuentro de Jesús con los niños (**Mc 10, 13- 16**) - otro texto fundamental para Juan M^a de la Mennais - nos servirá de hilo conductor para nuestra reflexión. En este pasaje, Jesús enseña a sus apóstoles a arriesgarse a salir al encuentro.

1- Confiar.

“Algunas gentes presentaron a Jesús unos niños para que les impusiera las manos, pero los discípulos los apartaban con viveza”. (Mc 10, 13)

El evangelista Marcos, pinta una escena con dos imágenes opuestas: la gente, probablemente parientes, presentaban a los niños para que los bendijera, mientras que los discípulos, actuando como cuerpo de guardia, les apartaban con una cierta agresividad. ¿Qué buscaban aquellos padres y madres de familia? Sólo querían que Jesús bendijera a sus hijos. ¿Por qué entonces los discípulos se comportaban con esa hostilidad? En tiempo de Jesús, los niños estaban excluidos de los grupos de adultos; a menudo, eran considerados como entrometidos o meros estorbos; podían perturbar las costumbres, buenas o malas, de unos o de otros.

Al presentar a sus hijos a Jesús, los padres corrían el riesgo del encuentro, enseñándoles a tener confianza. Era todo lo contrario de la actitud desconfiada y agresiva de los discípulos que excluían, apartaban, echaban fuera y alejaban. Gracias a la confianza, el otro puede ser considerado como un regalo, una suerte, una oportunidad que se abre al maravillarse, a la alegría y a la colaboración. Pero, si lo pasamos por el rasero de la desconfianza, se convierten de golpe en amenaza que hay que neutralizar y eliminar, en obstáculo que hay que soslayar o en una carga de la que hay que librarse.

En el contexto bíblico, cuando se rompía la confianza, la relación se estropeaba y la posibilidad del encuentro se volvía difícil, tanto como imposible. Por ejemplo, después de haber desobedecido a Dios, Adán y Eva se ocultan cuando oyen la voz de su Creador y empiezan a acusarse el uno al otro. Caín se defiende diciendo que él no es el guardián de su hermano Abel (Gn 4, 4-14). En el desierto, el Pueblo de Israel se amotina contra Moisés y pide un jefe diferente para que les lleve de nuevo a Egipto. (Nm 14, 1-4) Jonás se pone en camino para huir a Tarsis, lejos de Yahvé (Jon 1, 3). Después de la multiplicación de los panes y el anuncio de que Él es el Pan Vivo bajado del cielo, muchos de los discípulos de Jesús se apartan de Él (Jn 6, 66).

A la inversa, cuando existe confianza, es posible compartir la carga los unos con los otros (Ga 6, 2), prestarse mutua atención y darse la mano para vivir queriéndose (Hch 10, 24). Cuando llega la tormenta a nuestra barca y tenemos miedo de volcar, el Señor viene siempre a nuestro encuentro, en nuestra noche, para invitarnos a tener confianza (Mt 14, 27). Cuando descubrimos qué es lo que nos aísla y lo que nos impide salir al encuentro del otro, como Él hizo con Bartimeo, el ciego, (Mc 10, 46) Jesús siempre viene en nuestra ayuda.

En la vida diaria, **confiar** sigue siendo una apuesta para quien quiere arriesgarse a salir al encuentro del otro. De hecho, es ponerse en situación vulnerable respecto del otro. Es comprometerse por el camino de la responsabilidad diaria: la confianza es una realidad dinámica. No se adquiere 'a priori', ni de una vez para siempre. Se va construyendo día tras día. Nos une unos a otros y facilita la comunicación, la cooperación y la interdependencia. *“Permite tejer lazos a la larga y fabricar una red interconectada de relaciones, alrededor de la cual el ecosistema funciona con agilidad y eficientemente”*.⁵⁶

⁵⁶ Éric Simon, La Confianza en todos sus estados, Lavoisier “Revue française de gestion, 2007, n° 175, p. 90

La confianza a la que Juan M^a de la Mennais nos convida, es la que imita la actitud de Jesús que acoge al otro, en especial al más frágil, al más débil, al más desfavorecido. Para Él, es la mejor pedagogía para entablar relaciones de reciprocidad que instauran amistad, permitiendo al otro ofrecer lo mejor de sí mismo. Favoreciendo la apertura, ayuda a todos a presentarse como es, con sus fuerzas y sus heridas. Como un niño sencillo y dócil ⁵⁷ que descansa en los brazos de su madre, la confianza hace vivir en paz con uno mismo y con los demás. Pero, cuando se debilita, surge el distanciamiento, la murmuración, la desconfianza y la acusación mutuas, como fue el caso de Adán y Eva.⁵⁸

Ante la llamada de Jesús y la invitación de Juan M^a de la Mennais, los Hermanos y Laicos de la Familia Menesiana están invitados a emprender el itinerario de la confianza mutua, si quieren darse la mano para atreverse a salir al encuentro del otro y abrir nuevos caminos de fraternidad. Éste es el camino de una reeducación recíproca. Existirán siempre miedos y desconfianzas en todas partes. Los prejuicios bloquean, a veces, nuestros deseos de vivir cada vez más *“En modo Familia Menesiana”*. ¿No hemos oído con frecuencia afirmar que la invitación a abrirse a los Laicos es una respuesta a la falta de vocaciones de Hermanos y que no concierne a toda la Congregación? ¿Es verdad que Juan María fundó la Familia Menesiana? ¿Cómo conservar nuestra especificidad de Laicos y compartir el carisma, la misión y la espiritualidad de la Congregación?

Para que se establezca la confianza mutua, necesitamos paciencia, ‘esa justicia concedida al tiempo’. Como hace un arbusto, también la confianza crece y se desarrolla cuando la regamos todos los días pacientemente con el agua de la atención, y cuando le ofrecemos el sol de nuestra cercanía, el

⁵⁷ Juan M^a de la Mennais, Carta a Bruté de Rémur, 2 de febrero de 1808.

⁵⁸ Juan M^a de la Mennais, S II, 551.

aire del conocimiento mutuo, el abono de la escucha y el cariño de la atención delicada. ¿No es verdad que la confianza llama a más confianza?

2- Dejar que el otro se acerque.

“Viendo esto, Jesús se enfadó y les dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, ¡no se lo impidáis! porque el Reino de los Cielos es de los que se les parecen.” (Mc 10, 14)

Marcos subraya la actitud positiva de Jesús que contradice a la de los discípulos. ¡Él quiere acoger! Ellos quieren impedirse. Jesús se opone a ellos con enfado. Pero ¿cómo entender la resistencia de los discípulos a la apertura y a la disponibilidad de su Maestro? Probablemente tuvieran miedo de ser molestados, invadidos. Jesús les invita a dar un paso positivo hacia adelante que consiste en dejar que el otro se acerque.

En la tradición bíblica, Jesús se enfada con cualquiera que esté en contra de la voluntad del Padre. En el templo, expulsa a los vendedores que habían convertido el templo en sitio de negocios (Jn 2, 13-21). Se enfurece contra el endurecimiento de corazón de los fariseos, que quieren impedirle que cure al hombre de la mano atrofiada en sábado (Mc 3, 2-5); se levanta contra la hipocresía de los escribas (Mt 23, 13-15). Recuerda a los discípulos, la voluntad de Dios: dejad que los niños vengan a mí, *“porque el Reino de los cielos es para los que se les asemejan”* (Mc 10, 13).

Dejar que vengan: la expresión es significativa. Implica una doble apertura: la acción del que toma la iniciativa poniéndose en camino y la del otro, que abre sus brazos para acogerle. En la tradición benedictina, esto se traduce en la hospitalidad: los pobres y los peregrinos son recibidos en el

monasterio “con el máximo cuidado y con la mayor solicitud”.⁵⁹ En numerosos Padres de la Iglesia, entre ellos en S. Juan Crisóstomo y S. Agustín, la apertura del corazón al prójimo, confirma el valor del verdadero amor a Dios. “Nadie, precisa el Papa Francisco, puede vivir huyendo de los demás, ocultándose, rehuendo compartir y entregarse, encerrándose en su propio confort. Esa vida no es vida, es un suicidio”.⁶⁰

En la vida ordinaria, la persona que se abre a los demás, crece, madura y se agranda. Cuanto más ensancha su círculo relacional, más aprende a dar la mano al otro, saliendo de sí mismo. Eso le convierte en alguien apto para acoger al que es diferente y capaz de colaborar en la construcción de ‘el vivir- juntos’. Sin esta apertura del espíritu y del corazón, el otro es condenado a vivir en un aislamiento que empobrece y que mancha la belleza de la fraternidad. Así comprendemos mejor al

P. Franco Imoda cuando afirma: “La persona humana no solo se enriquece, sino que se realiza a sí misma cuando sale de su realidad, para adquirir y abrirse al ‘mundo del otro’, siempre más trascendente”.⁶¹

Para Juan M^a de la Mennais, la apertura es - ante todo - una realidad interior que hace desaparecer la envidia, promueve la comunicación fraterna y que hace desear el bien del otro. A eso nos exhorta nuestro Fundador: “¡Tengamos un corazón verdaderamente católico! Que amemos grandemente a todos los que - como nosotros - trabajan para extender el patrimonio y el Reino de Jesucristo. ¡Que nos interese por sus obras y por su labor más aún que por las nuestras!”⁶² Este corazón ‘católico’ permitió a Juan M^a de la Mennais firmar el

⁵⁹ S. Benito, Regula 53, 15: Pauperum et peregrinorum maxime susceptioni cura sollicite exhibetur ».

⁶⁰ Papa Francisco, Evangelii Gaudium, n° 272.

⁶¹ Franco Imoda, Sviluppo umano, misterio e psicologia, p. 84.

⁶² Juan M^a de la Mennais, S II, 645.

Tratado de Unión con Gabriel Deshayes, el 6 de junio de 1819: acta fundacional de nuestra Congregación. Además, Juan M^a de la Mennais, no quiso nunca abrir una escuela en Saint-Brieuc. Era su manera de apoyar y valorar el excelente trabajo que hacían los Hermanos de La Salle en ese pueblo. De la misma manera Dios bendecirá y dará fecundidad a nuestras iniciativas cuando nos abramos a los demás, cuando ellos colaboren con los que trabajamos en la única viña del Señor.

“Effata!” - “¡Ábrete!” (Mc 7, 34) Hace más de 2.000 años que se oyó esa exclamación dirigida al sordomudo, cuya curación nos relata Evangelio de Marcos. Hoy, es Jesús quien nos dirige, a Laicos y Hermanos de la Familia Menesiana, esta misma invitación. ¿Estamos dispuestos a dejar a quien quiere *“hacernos nacer de nuevo”* que abra nuestros oídos y desate nuestra lengua?

Como a los Apóstoles en Pentecostés - purificados por las lenguas de fuego - el viento del Espíritu vencerá todos nuestros temores, nuestros miedos y nos hará abrir las puertas para inventar juntos nuevos caminos de fraternidad. La vida se halla en el encuentro y no en encerrarnos. La vitalidad pertenece a los que se atreven a abrirse. La fecundidad da cita a los que salen a la búsqueda de *‘la tierra prometida del otro’*. Éxodo vital para la Familia Menesiana cuyo presente *“se ha revelado como fuente de compromiso nuevo, avanzadillas audaces y fecundidad nueva”* (CG 2018, n^o 16).

3- Acoger como niños.

“En verdad, en verdad os digo: quien no acoja el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.” (Mc 10, 15)

Por voz de Jesús, el evangelista Marcos nos indica una nueva manera de relacionarnos: saber acoger como niños. ¿Qué nos quiere decir eso? ¿Por qué semejante propuesta echa por tierra nuestros esquemas habituales? En tiempos de Jesús, las

mujeres y los niños eran considerados como seres de segunda categoría. Por ejemplo, en la multiplicación de los panes, Mateo da cuenta de que Jesús dio de comer a unos cinco mil hombres “*sin contar las mujeres y los niños*” (Mt 14, 21).

Para Jesús, acoger como un niño es aprender a vivir en sencillez (Mt 9, 35). En este sentido, el niño no exige nada, sino que recibe todo como un don del padre. No cuenta consigo mismo para nada. No tiene ni pretensiones ni autosuficiencias. Eso quiere decirnos también, que consiente en nacer de nuevo, en dejarse convertir por Dios a nuevas formas de relación, como Nicodemo (Jn 3, 1-21). Esto implica también que acepta hacerse pequeño, vivir en humildad y reconocer sus fragilidades (Mt 18, 1-5). Dicho de otro modo, solamente quien emprende el camino de la sencillez, de la conversión diaria y de la humildad, aprende verdaderamente a acoger “*como un niño*”.

Fiel a las enseñanzas del Maestro, la Iglesia ha animado siempre a los cristianos a que vivan los valores de la acogida. En este sentido, Aphraate ‘*el sabio*’ reconoció dos grandes cualidades - entre otras - de las personas humildes: la sencillez y la prontitud para la conversión. S. Agustín, en su larga búsqueda de Dios, comprendió que uno se acerca sinceramente al prójimo por la sencillez y por la humildad. S. Benito afirma que ésta, le permite al hombre - y muy singularmente al monje - ser más conforme con Cristo que acoge a todos, con atención singular hacia los pequeños y a los frágiles. El Papa Francisco no cesa de animar a la Iglesia, a que sea una comunidad de “*hermanos que se acogen recíprocamente, cuidando unos de otros*”.⁶³ Aprender a acoger al otro con sencillez y humildad - como hace un niño - le permite ser él mismo mientras le ofrece la posibilidad de un nuevo inicio.

⁶³ Papa Francisco, Mensaje de la 47 Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2014, L'Observatore Romano, Edición en lengua francesa.

En la psicodinámica de las relaciones, acoger como un niño puede ayudar a la persona a dar lo mejor de sí. En primer lugar, esta actitud presupone un estado de “*virginidad*” que permite acoger al otro tal cual es, y no tal cual nos gustaría que fuese. Semejante actitud, predispone a aprender del otro. Éste es el comportamiento mismo del niño que se deja educar, formar y acompañar. Seguidamente, este comportamiento requiere creatividad, que incluye el difícil aprendizaje de saber despojarse y de abrirse al otro para poder soñar e imaginar juntos. Por último, exige igualdad. Nadie es superior a nadie. Cada uno viene con su piedra para construir la casa común. ¿No sería ésa la mejor definición de amor? Porque, *“amar, es querer ser para el otro y por el otro. ‘Para el otro’: es acoger. ‘Por el otro’: es don”*⁶⁴

Para ayudar a los Hermanos a acoger como niños, Juan M^a de la Mennais les exhorta a *“dejarse llevar con la sencillez de un niño”*⁶⁵; sencillez en las relaciones y en las acciones. Por lo que se refiere a Gabriel Deshayes, él presenta esta virtud como la llave que da acceso a todo. *“Por la sencillez de vuestra vida, - les dice a los Hermanos - lograréis la estima y el cariño de todos”*⁶⁶ Por otra parte, Juan M^a concibe también la humildad como el camino que conduce a la acogida del otro como lo haría un niño. En este sentido, siempre animó a los Hermanos a hacer de ella la columna vertebral de su vida. En sus cartas, nunca cesó de recordarles que a los pequeños es a quien bendijo el Señor y a los que prometió su Reino. María, - la hermana de Marta - gracias a la humildad *‘obtuvo la mejor parte’*⁶⁷ eligiendo acoger a Jesús en su casa y permaneciendo en su escucha.

⁶⁴ François Varillon, Joie de croire, joie de vivre, p. 63.

⁶⁵ Juan M^a de la Mennais, S II, 650.

⁶⁶ Gabriel Deshayes, Calendario Religioso, 30 de junio de 2020.

⁶⁷ Juan M^a de la Mennais, Carta al H. Julien Kerdavid, 21 de mayo de 1844.

Además de animar a los Hermanos a vivir la acogida, Juan M^a de la Mennais les da ejemplo. Durante la revolución francesa, como adolescente joven, ayuda a varios sacerdotes en dificultades, entre ellos a Louis Vielle, llevándole a la casa de su familia. En 1841, abre las puertas del Noviciado de Ploërmel a algunos jóvenes gascones enviados por el Arzobispo de Auch, Mgr. De la Croix d'Azolette. Algo más tarde, acoge a otros jóvenes de Normandía. En 1849, una docena de jóvenes ingleses, recomendados por el Cardenal Wiseman, llegan a la Casa-madre para comenzar su Noviciado.

Con humildad y sencillez, los Hermanos y los Laicos de la Familia Menesiana son invitados a aprender a acogerse mutuamente. Significa saber dar todo su tiempo al otro, escucharle con empatía y estar presente en sus momentos de alegría o de tristeza. Es ser capaz de ponerse en la piel del otro para experimentar desde el interior lo que él vive, caminar con él, pero a su ritmo. Es, aprender a darle la mano para ayudarlo a seguir adelante. Es, saber ofrecerse, en el momento adecuado y ocultarse en su momento.

En psicología, el niño que se abre a la acogida del otro pasa por tres estadios. En el primero, descubre la llamada a interesarse por el bienestar del otro. Intenta asumir sus responsabilidades respecto del prójimo que necesita su ayuda. Entonces, no duda en compartir su comida con el perro, el gato, su madre, su padre, su hermano o su hermana. En el segundo estadio, el niño experimenta el gozo establecer relaciones de intercambio. Da y al mismo tiempo aprende a recibir con alegría, humildad y sencillez. En el último estadio, aprende a maravillarse aceptando la bondad de todo lo que le rodea.

Saber acoger como hace un niño es recibir al otro con una sonrisa que le hace disfrutar de la alegría de la sencillez. Es mirarle con la simpatía que le trasmite la belleza de la humildad. Es hacer gestos sencillos que transmiten paz y que llevan el sello del respeto. Es aprender a dar con generosidad y

recibir con gratitud. ¡Todo un programa de vida! para los Hermanos y los Laicos de la Familia Menesiana, si es que quieren arriesgarse a salir al encuentro del otro.

4- Abrazar.

*“Jesús **abrazaba** a los niños y les bendecía, imponiéndoles las manos.” (Mc 10, 16a)*

Al afirmar que Jesús abrazaba a los niños, S. Marcos trata de arrojar luz sobre la ternura de Dios a la humanidad. En efecto, abrazar a alguien es expresarle amor, su cariño y su cercanía. Este gesto caluroso refuerza lazos, concede valor al otro y reconcilia. En este sentido, a la vuelta del ‘hijo pródigo’, el evangelista Lucas precisa que el padre corre a echarse al cuello y a cubrirle de besos (Lc 15, 20). Como ha resaltado muy bien Francine Vincent, la experiencia de la ternura de Dios le vuelve a uno *“capaz de perdonar, de dar por encima de todo, de abrir sus brazos para acoger la fragilidad del otro, pero a la vez, también para darse en cuerpo y alma, dar la vida para que el amor de Dios pueda extenderse”*.⁶⁸ Al abrazar a los niños, Jesús les manifiesta su amor y les convierte en sus hermanos.

En el Nuevo Testamento Jesús manifiesta su ternura a personas concretas. Sus manos tocan para dar vida. (Lc 7, 14), para curar, (Mc 7, 34), para bendecir y amar (Mc 13, 16). Con su mirada también expresa amor (Mc 10, 21) y perdón (Lc 22, 61). En una palabra, su ternura habla de su cercanía y del cariño que el Señor tiene a toda la humanidad.

A ejemplo del Maestro, la Iglesia ha concedido siempre una gran importancia al amor de Dios y del prójimo. Para ella, esta doble realidad está íntimamente ligada. Esa es la convicción del Apóstol Juan, que quien afirma amar a Dios a quien no ve, mientras no ama a su hermano a quien sí ve, es un

⁶⁸ Francine Vincent, Teología de la ternura, Suplemento, Septiembre 2020. p. 13.

mentiroso (1 Jn 4, 20). S. Clemente de Alejandría y Orígenes subrayan la acción transformadora del amor cristiano. Es una luz que abre los ojos del corazón, una fuerza viva que favorece la unidad. Para S. Gregorio Nacianceno, es fuente de comunión y de solidaridad que permite a cada uno cuidar al otro. *“El amor, - nos recuerda Benedicto XVI - crece con amor. El amor es divino porque viene de Dios y nos une a Él y - a través de este proceso de unificación - nos transforma en un Nosotros, que sobrepasa nuestras divisiones y nos hace uno, hasta que finalmente Dios sea todo en todos”*.⁶⁹

En la vida diaria y sobre todo en estos tiempos de distanciamiento social y de crisis sanitaria a causa del COVID-19, todos son conscientes de la importancia de los gestos de cariño para el equilibrio de la persona. A este propósito, Thomas de Eccleston cuenta una experiencia muy esclarecedora de Federico

II. Este emperador de Alemania quería saber qué lengua habría hablado el ser humano sin la influencia de la educación. Pensaba él que sería el griego o el hebreo. Para convencerse tomó dos recién nacidos. Los separó de sus madres y se los encomendó a una institutriz cuya misión era atender a sus necesidades físicas fundamentales: alimento, agua, sueño y reposo. Pero no tenía permitido dirigirles palabra alguna y debía evitar cualquier gesto de cariño. Federico II no pudo hallar la respuesta a su pregunta. Al cabo de algunos meses, los dos niños fallecieron. Dicho de otra manera, para vivir y crecer, el hombre tiene que satisfacer no sólo sus necesidades biológicas fundamentales sino también sus deseos de cariño, de amor y de relación. De la misma manera, *“el amor alimenta el amor y cada paso nos regala una nueva capacidad de amar”*.⁷⁰ El alma es la que da fuerza, energía, dinamismo y vida a la relación humana y la que nos proporciona la ternura necesaria para el bienestar del vivir juntos.

⁶⁹ Benedicto XVI, 'Deus caritas est, n° 18.

⁷⁰ Testimonio de Bernard y de Marie LEBRETON, en 'Creer hoy', número especial 2008: la apertura en la pareja, p. 11

Para educar a sus Hermanos en el amor fraterno, Juan M^a de la Mennais les da varios consejos prácticos. Vivir la caridad y la indulgencia es aprender a excusar al otro antes que acusarle. Es ayudarse mutuamente a llevar las cargas, aceptando que la propia es -sin duda - más pesada que la de los demás. Es saber aplicar “*el aceite de la caridad*”⁷¹ para cuidar y curar las heridas producidas por “*los pequeños roces de carácter*”.

Alimentar el amor fraterno es aprender a sentirnos felices con la alegría del otro, a compartir y a prestarnos mutuo apoyo para ir a Dios y trabajar en su obra. Es evitar “*cualquier motivo de disputa*”, “*toda palabra dura, amarga o de reproche, toda muestra de desprecio o impaciencia*” (Regla de 1823); es entrenarse en el arte de la cercanía a cada hermano; es esforzarse en adquirir “*esa dulzura llena de paz, de amor y de esperanza*”⁷² en el trato con todos, especialmente con aquellos de quienes podríamos tener motivos de queja

Durante su vida, Juan M^a de la Mennais no se contentó con animar a sus Hermanos a vivir el amor fraterno, sino que dio ejemplo - a su vez - de ello. A través de las cartas que escribió, dio testimonio particular de su cariño a los Hermanos y a las Hijas de la Providencia, a su familia y a sus amigas y amigos. En este sentido su correspondencia termina siempre con mensajes como: “*Le abraza mi muy querido Hermano o querido amigo, con ternura, ...*” El 26 de abril de 1808, escribe a “*su tierno amigo*” Bruté de Rémur para invitarle a venir a Saint-Malo, donde estará encantado de ofrecerle hospitalidad y que su aceptación le colmaría de satisfacción. A Jean-Joseph Querret, que el H. Arsène Pelmoine presenta en el n^o 54 de “***Recherches Historiques / Investigaciones históricas***” como el ‘*primer laico menesiano*’, Juan M^a de la Mennais le testimonió siempre una afectuosa amistad hecha de ternura, de confianza, de proximidad y de respeto. Así que no dudó en asociarle a la formación intelectual de los Hermanos.

⁷¹ Juan M^a de la Mennais, S II, 603.

⁷² Juan María de la Mennais, Memorial, p. 123.

Fieles a la herencia de las enseñanzas de la Iglesia y de nuestros Fundadores, los Laicos y los Hermanos de la Familia Menesiana son invitados a vivir cada día el amor fraterno en los pequeños detalles de la vida diaria. Santa Teresa de Calcuta nos proporciona una metodología muy interesante:

“No os imaginéis que el amor, para que sea verdadero, deba ser extraordinario. Lo que se necesita es seguir amando. ¿Cómo sigue brillando una lámpara si no es con la ayuda de pequeñas gotas de aceite? Si no hay gotas de aceite, tampoco habrá luz, ... ¿Qué son esas gotas de aceite en nuestras lámparas? Son los pequeños detalles de la vida de todos los días: la alegría, la generosidad, una palabra cariñosa, la humildad y la paciencia o sencillamente un pensamiento hacia el otro, nuestra forma de guardar silencio, de escuchar, de mirar, de perdonar, de hablar o de hacer las cosas. Ésas son las verdaderas gotas del aceite del amor, que hacen que la vida siga ardiendo con llama viva”.⁷³

5- Bendecir.

*“Jesús abrazaba a los niños y **los bendecía**, imponiéndoles las manos.” (Mc 10, 16b)*

Después de haber destacado el gesto de Jesús que abraza, Marcos subraya otro gesto tanto o más significativo: el de la bendición. En efecto, Jesús bendice a los niños. El verbo **“bendecir”** viene del latín *‘bene dicere’* que significa *‘hablar/decir bien de ...’*. En hebreo, bendecir es, *‘dar vida’*. Al bendecir a los niños, Jesús les desea que Dios les ayude a crecer y a desarrollarse en plenitud.

En el Nuevo Testamento, la bendición de Dios es sinónimo

⁷³ Madre Teresa de Calcuta, “Creer hoy”. Número especial de 2008: La aventura de la pareja.

de sobreabundancia. El Señor nos da más que lo que necesitamos. Lo que era imposible, se vuelve posible. Así, la multitud come hasta saciarse de los panes bendecidos por Jesús y aún, ¡sobra! (Mt 14, 19-20), (Mc 6, 41-42), (Lc 9, 16-17). La sobreabundancia de Dios presenta, además, otro rostro: el de Jesús. En él, el Padre *“nos ha bendecido y colmado de las bendiciones del Espíritu.”* (Ef 1, 3).

Ser bendecido se convierte entonces en un compromiso de bendición. Es el signo que promete reconocer al cristiano, que imita la generosidad del Padre, *“que hace salir el sol sobre buenos y malos, hace caer la lluvia sobre justos e injustos, ...”* (Mc 5, 45). Al obrar así, nos enseña a no devolver mal por mal, ni insulto por insulto. Al contrario, bendice, ... porque ésa es su vocación (1 P 3, 9).

A fin de luchar contra la maledicencia, que consiste en denigrar al otro, la Iglesia ha animado - desde siempre - a los cristianos a que vivan la bondad (Ga 5, 22), que es la hermosa pedagogía que nos enseña a hablar bien del hermano. Para Aphraate *‘el sabio’*, solamente la persona humilde es la persona bondadosa. El Papa Francisco no cesa de poner en guardia a los cristianos contra la tentación de maldecir (decir / hablar mal de ...). Las palabras para *denunciar los chismes y los chismorreos* son bastante fuertes. Les compara con la plaga del COVID-19. Para curarse de ellos, el Papa sugiere dos remedios: la oración, que nos enseña a bendecir en lugar de a maldecir y la conversión del corazón que nos educa en la benevolencia.

En el desarrollo del ser humano, un gran número de psicólogos son unánimes al reconocer que la presencia - que valora al otro - juega un papel determinante. Efectivamente, saber hablar bien del otro es atreverse a felicitarle por sus cualidades, por sus éxitos y por sus talentos; es desear lo mejor para él; es ofrecerle la presencia que necesita para crecer y desarrollarse; es darle la mano para que pueda realizar su sueño; es ayudarle a tener confianza en sí mismo y a construirse a partir de sus potencialidades.

En su pedagogía educativa, Juan M^a de la Mennais aboga por la presencia bondadosa. El educador es el hermano mayor cercano que inspira confianza y que valora. Es el ángel que ayuda a desarrollar lo mejor de cada uno. Es el buen pastor que llama a cada uno por su nombre y que acompaña en cada etapa de crecimiento (Jn 10, 1-5). Es el padre y es la madre que logra ponerse en la piel del hijo para poder compartir sus alegrías, sus penas, sus dificultades y sus bloqueos. Con esto, comprendemos mejor la insistencia de Juan M^a de la Mennais en la importancia para los Hermanos de ser buenos, comprensivos e indulgentes con los niños. Ésa era su metodología para ayudar a hablar bien los unos de los otros.

Para ser bendecidos por Dios, invito a los Hermanos y a los Laicos de la Familia Menesiana a:

- desarrollar '*ojos de águila*', - que dicen que son muy agudos - para poder ver y detectar lo mejor del otro.
- adquirir '*corazón de jirafa*' - el animal que tiene el corazón más grande - para lograr amar la belleza que se esconde en el fondo de toda persona.
- tener '*manos de artista*', hábiles y delicadas, para ayudar al otro a valorar en él lo mejor de sí mismo.

6- Imponer las manos.

*"Jesús abrazaba a los niños y los bendecía,
imponiéndoles las manos."* (Mc 10, 16c)

Como un pintor, el evangelista Marcos presenta a Jesús imponiendo las manos a los niños. Este gesto no es sólo el del envío en misión, del don y de la bendición. Es también, la actitud del cuerpo que implica y significa al mismo tiempo: protección y seguridad. En efecto, cuando Jesús impone las manos, da seguridad y protección, para que el otro pueda desarrollarse y dar su talla plena.

En la teología neotestamentaria, Jesús impone las manos para purificar (Mc 1, 40-42) y para curar (Mc 6, 4-5, Lc 4, 40). Los apóstoles lo hacen, no sólo para poner de pie, (Hch 3, 7-8) sino también para enviar en misión (Hch 3, 7-8). En este último caso, esta imposición de manos es un gesto de solidaridad, de comunión y de responsabilidad. El que es enviado ¡no está solo! Le asiste el Espíritu Santo y le envía la Iglesia. En resumen, a quien ha recibido la imposición de manos, se le reviste de la fuerza de Dios que le asegura la firmeza y la constancia para continuar haciendo el bien. Como S. Pablo, se abandona a la gracia de Dios, porque el poder del Señor se muestra en toda su medida en la debilidad. (2 Co 12, 9)

En la historia de la Iglesia los que han sido purificados, curados, o salvados por Cristo se convierten en criaturas nuevas, capaces de dar su vida para que los otros tengan vida. Así lo atestiguan tantos mártires a lo largo de los siglos: derramando su sangre como Cristo, glorifican su nombre y manifiestan que la gracia del Señor viene siempre en ayuda de nuestras flaquezas. Como lo confiesa S. Ambrosio,⁷⁴ Cristo es el médico que cura nuestras heridas, la fuente que hace remitir nuestra fiebre y la luz que disipa nuestras tinieblas. *“La fuerza es - precisa S. Agustín - un amor que soporta todo para bien de aquél a quien ama”*⁷⁵

En nuestra vida diaria, tenemos la experiencia de dos tipos de deseos. El primero: el deseo emocional - lo define Margareth Arnold - como una fuerza que nos arrastra hacia lo que es intuitivamente evaluado como bueno para nosotros aquí y ahora, o que nos impulsa a huir de lo que intuitivamente percibimos como malo para nosotros, aquí y ahora. El segundo, - el deseo racional - está motivado por la búsqueda y la realización del bien en sí. Pero podría ocurrir que el bien para mí esté en conflicto con

⁷⁴ S. Ambrosio, Sobre la virginidad 16, 99.

⁷⁵ S. Agustín, De moribus Ecclesiae.

el bien en sí mismo. Una persona madura rehúsa hacer prevalecer los deseos racionales a la vez que deja un espacio para las impresiones emocionales. ¿No lloró Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro (Jn 11, 35)? o ¿no sudó sangre en el huerto de Getsemaní mientras cumplía la voluntad de su Padre (Lc 22, 44)? Una vida sin emociones no sería una vida humana. La cámara de fotos no se maravilla ante un paisaje hermoso, mientras que los ojos de un ser humano admiran una soberbia puesta de sol, o se extasían al contemplar un mar desencadenado. Una sana gestión de las emociones, de las que Jesús nos ha dado claros ejemplos durante su vida pública, constituye una verdadera fuerza para quien desea permanecer firme y constante en la realización del bien en sí. A justo título, Bernard Lonergan afirma: *“Las emociones dan a la conciencia intencional su consistencia, su momento, su energía y su fuerza. Sin ella, nuestras decisiones serían frágiles como una hoja de papel”*.⁷⁶ Y, en una palabra, aceptar, reconocer y aprender a gestionar las emociones es, acoger su propia humanidad en su justa dimensión.

Juan M^a de la Mennais, concibe la fuerza como una debilidad asumida que se expresa a través de la delicadeza. En este sentido, es en el que invita a los Hermanos a cuidar las fragilidades de los demás. Concretamente, consiste en evitar *“terminar de cascar la caña quebrada”, “apagar la mecha, que aún humea”* y *“hacer el mínimo daño a los que nos han herido gravemente”*. Quiere decir también, adquirir la madurez que permita acoger la gracia de pertenecer a una familia *“que ofrece a nuestra debilidad un apoyo, y que nos rodea de barreras que nos impiden retroceder y caer”*.⁷⁷ Compromete también, finalmente, a caminar por la senda de la perfección, asumiendo las propias debilidades, llevando a la vida ordinaria, una total indulgencia para con los hermanos considerándose a uno mismo *“como el último y el más imperfecto de todos”*.⁷⁸

⁷⁶ Luigi Maria Rulla, *Depth psychology and vocation*, p. 92

⁷⁷ Juan M^a de la Mennais, S II, 636.

⁷⁸ Juan M^a de la Mennais, S II, 639.

Itinerario de Discernimiento Laico Asociado Menesiano
Entrega 3. La Familia Menesiana

Para que cada miembro de la Familia Menesiana pueda dar su plena talla, es indispensable desarrollar este espíritu de pobreza que lleva a cada uno a abrir sus manos y su corazón para acoger al otro con sus riquezas y sus fragilidades. Haciendo esto, aprenderá cada uno - progresivamente - a dar lo mejor de sí mismo, viviendo según la lógica del amor que soporta todo por aquél a quien ama. Todos deberían esforzarse por poner el bien en sí, por delante de sus deseos emocionales. Todos tendrían que comprometerse a poner la delicadeza como estilo de vida, evitando apagar la mecha que aún humea o acabar de cascar la caña quebrada. Ahí tenemos todo un camino de vida para la Familia Menesiana que quiere que el poder del Señor muestre toda su grandeza en nuestras debilidades. ¡Esto es, imponer las manos a los otros como Jesús lo hizo con los niños, y según Juan M^a de la Mennais nos recomienda!

